

CARMEN CONDE, LUZ, MAR Y ETERNIDAD

MARÍA VICTORIA MARTÍN GONZÁLEZ

Resumen: Carmen Conde ha trabajado todos los géneros literarios, pero la Poesía es la vocación que decide su itinerario vital. Tres de las claves temáticas más importantes en su Obra Poética – luz, mar y eternidad– serán la base para trazar la semblanza de una de las grandes voces del panorama literario del siglo XX.

Palabras clave: Semblanza, poesía, luz, mar, eternidad

Abstract: Carmen Conde has worked in all literary genres, but Poetry is the vocation guiding her path in life. Three of the most important thematic keys in her Poetic Oeuvre - light, sea and eternity - will be the basis to trace the (biographical) profile of one of the great voices in the literary panorama of the twentieth century.

Keywords: Biographical profile, poetry, light, sea, eternity

«Dios», «Vida», «Eternidad», «Mar», «Amor», «Madre», «Hijos», «Poesía», «Lealtad», «Tolerancia»: son las diez palabras elegidas por Carmen Conde como las más bellas de la lengua castellana en una encuesta realizada en 1982 a treinta y cinco grandes voces del panorama literario español.¹ Diez precisas palabras con las que mostraba por un lado sus valores morales primordiales; por otro, las principales constantes temáticas de su producción literaria: Dios y la trascendencia; Vida, en toda su dimensión hasta la muerte, en la que caben ensoñaciones, experiencias, viajes, ciudades, humanidad, dolor, llantos, guerras, odios, miedos...; Tiempo y eternidad; Mar, paisaje y naturaleza; Amor, desde el enamoramiento, la plenitud, la

¹ ABC, 25 de abril de 1982.

pasión hasta la carencia y la ausencia; Madre e hijos, junto a la esperanza, la felicidad, el deseo, el desgarró, el dolor o la frustración por su pérdida; y, por encima de todo Poesía, la palabra poética, la palabra creadora, ese yo poético omnipresente a lo largo de toda su trayectoria del que nunca se desprendió, con el que decide entrar a la Real Academia, cuyo discurso tituló *Poesía ante el tiempo y la inmortalidad*: «Haciéndola pasajera intocable de mi travesía –dijo–, la Poesía sirvió no solamente a sueños, también a esperanzas y a realidades que, por mínimas que fueran, bastaban para mantenerme cada día». En aquel memorable momento de lectura histórica reconocía también que «si recorrer el largo camino acarrearía venturas y desventuras, habría que mantenerse fiel a la Poesía: no como condición adicional, sino porque era supremo logro del ser y del estar en la Tierra». ²

Esta semblanza de Carmen Conde la centraremos, pues, en la Poesía, en la que ella reconoce su «vocación no traicionada», la «vocación que le fue condicionando la existencia», ³ y cierta vez defendió su esposo, el poeta Antonio Oliver Belmás en estos términos:

La podréis humillar, atormentar, vejar. Pero de vosotros no se acordará nadie a la esquina de unos años. En cambio, desde Teresa de Ávila hasta nuestros días no ha habido en la mujer española un estremecimiento ni una fe como la de Constanza. Ella está ya sobre la cumbre de la patria. Ella es el valor, la cifra positiva, el resplandor y la luz. No habrá tiniebla que la oscurezca, niebla que la vele. Ella está hecha, ya es lo que Dios quería que fuese y eso solamente será.

Aquellas premonitorias palabras las escribía Oliver conversando con su alter ego literario Andrés Caballero, en el texto titulado «Constanza» ⁴, tomado del personaje cervantino y usado como seudónimo literario de Carmen durante los años de distancia obligada de la posguerra. «Las Conversaciones» se escribieron entre 1940 y 1945, en los mismos años que Carmen escribía los versos maduros de *Pasión del Verbo* publicados en colección privada e incluidos más adelante en *Ansia de la Gracia*; también publicaba su «Confidencia literaria» en *Entregas de Poesía* en 1944, relatando su trayectoria vocacional y sus objetivos como escritora: «mientras

²*Poesía ante el tiempo y la inmortalidad: discurso pronunciado el 28 de enero de 1979, en su recepción pública*, por la Excm. Sra. Doña Carmen Conde Abellán y contestación del Excmo. Sr. Don Guillermo Díaz-Plaja, Madrid, Real Academia Española, 1979, pág. 11.

³ *Op. cit.*, pág. 12.

⁴ «Constanza», texto perteneciente a «Las Conversaciones de Andrés Caballero», incluidas en *Obras completas* de Antonio Oliver, Madrid, Biblioteca Nueva, 197, pág.783.

viva creo que haré lo que aquella criatura de la obra de una escritora sueca, empeñada en llevar, sin apagarla nunca, una luz entre las manos». Se estaba refiriendo al relato de «la anciana Agneta», personaje de Selma Lagerlöf (1858-1940), maestra y popular escritora sueca, feminista convencida que defendió los derechos de la mujer. Su obra de gran calidad mereció el Nobel de Literatura, en 1909⁵, siendo la primera mujer en recibir este reconocido galardón literario.

Fue en la primavera de 1927 cuando se conocieron Carmen Conde y Antonio Oliver; ella no había cumplido aún los veinte años y él tenía veinticuatro. Decididamente les unió el amor y la poesía. Carmen Conde leerá a Juan Ramón Jiménez y Gabriel Miró por recomendación de su novio, que se instituyó en mentor suyo y destruyó todo lo que consideró inservible hasta que, a pocos meses de haber iniciado su noviazgo, Carmen recibió la histórica misiva de Juan Ramón Jiménez el 4 de julio de este emblemático año que tantas veces utilizaría como carta de presentación. En ella le escribía el poeta: «...Es verdad que yo no escribo casi a nadie porque, en jeneral [sic], me parecen inútiles las cartas. ¿Qué ha hecho usted para que yo mire a Cartagena, sonriendo, esta mañana hermosa de julio? Tengo un poco de miedo de su poder magnético, romántica amiga lejana». ⁶ Junto a Oliver, Carmen Conde renueva su obra poética y ensancha el horizonte de sus publicaciones en revistas literarias regionales como la lorquina *Colores* y la murciana *Verso y Prosa*, uno de los referentes de las revistas de vanguardia, en la que, sin embargo, Juan Ramón Jiménez se negó a colaborar pues ni siquiera le gustaba el título. Sobre *Verso y Prosa* el gran poeta aconsejaba a Juan Guerrero: «ante todo, originalidad, personalidad... España, en este momento, está plenamente lograda en poesía. Dejémonos de ecos franceses ni de ninguna parte», sugiriéndole un título como «Hoja levantina de la joven literatura española». ⁷ Carmen Conde publicó algunas

⁵ En el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver se conservan tres obras de Selma Lagerlöf: *Tale Thott ; y otras historias*, editado en Tartessos, Barcelona, 1942; *Leyendas de Cristo*, traducido directamente del sueco por Rodolfo J. Slaby y prologado por Amanda Labarca, en Barcelona, ediciones Cervantes, 1929 y *Pelusilla*, Madrid-Barcelona, 1941.

⁶ Esta carta puede leerse en el archivo del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver con la signatura: 002-044. En 2007, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales junto con el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver y la Consejería de Cultura, Juventud y Deportes de la Región de Murcia publicó un catálogo de la exposición en homenaje a Carmen Conde a raíz de la conmemoración del centenario de su nacimiento con el título *Carmen Conde. Voluntad creadora (1907-1996)*; en él aparece publicada esta carta en edición facsimilar, en la página 162. También puede leerse en *Juan Ramón Jiménez, Epistolario II (1916-1936)*, edic. de Alfonso Alegre Heitzmann, carta número 383, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, pág. 469.

⁷ Carta de Juan Ramón Jiménez a Juan Guerrero, de enero de 1927, en Juan Ramón Jiménez, *Epistolario II (1916-1936)*, pág. 431.

composiciones en las revistas de Juan Ramón Jiménez como *Ley: (entregas de capricho)*, (1927), y *Obra en marcha: diario poético* (1928).

Contaremos entre estos apasionantes inicios literarios la amistad con Ernestina de Champourcin, que supuso la conexión más importante en su juventud desde su primera misiva, fechada el 7 de diciembre de 1927. Con ella tuvo garantizada la actualidad cultural de la capital, la prensa y revistas literarias nacionales o extranjeras. Champourcin había puesto siempre a disposición de Carmen todas sus amistades e influencias, la introdujo en el Lyceum Club femenino y le aseguró: «cuando vengas ya encontrarás formado tu pequeño grupo de amigas», configurándole la primera red madrileña de amistades literarias. A través de Champourcin, Conde conectará y mantendrá amplia amistad epistolar con escritoras como Concha Méndez o Consuelo Berges, entre otras. Más adelante, en agosto de 1931, le brindaba el apoyo del Lyceum al conocer el proyecto de la Universidad Popular diciéndole: «Te pongo aparte la lista de las secciones y de sus presidentas. Es muy interesante tu proyecto y te ayudaremos en lo que podamos»⁸. Gracias al rigor con el que Carmen Conde conservó todas sus cartas, egodocumentos de primera categoría, y gracias también a la obra de Rosa Fernández Urtasun, podemos conocer de primera mano las lecturas de las que se fue nutriendo Carmen Conde, tomarle el pulso al ambiente cultural de la época que Champourcin dominaba y, además, comprobar en el epistolario entre ambas cuántos nombres aparecen en la correspondencia de Conde procedentes de las amistades y redes de Champourcin.

La última y considerable noticia con que la joven escritora cartagenera cerraba 1927 venía firmada por Gabriel Miró. El día de Nochebuena el escritor le había dirigido una breve misiva en respuesta a la suya, de la que cabe resaltar estas palabras: «Su carta es la primera que recibo de lectoras de Cartagena. Mi saludo cordial. Suyo devoto»⁹. Pronto sabrá Carmen Conde que Miró tiene una hija casi de su misma edad con la que no tardará en contactar, convirtiéndola en el principal nexo con la familia Miró. En el fondo documental del Patronato Carmen Conde se conservan todas estas cartas, manuscritos originales y fotografías, constituyendo un maravilloso corpus epistolar, documental y gráfico que evidencian la intensa relación fraternal de Conde con Clemencia Miró, al que pertenecen algunas de las notas que he tomado para esta semblanza. A partir del mes de abril de 1928, Carmen Conde, Ernestina de Champourcin y Clemencia Miró formarán un ameno triángulo epistolar en el que compartirán sobre todo emociones líricas, literatura y noticias

⁸ Carta de Ernestina de Champourcin a Carmen Conde, desde La Granja (Segovia), el 4 de agosto de 1931. PCC-AO, signatura: 010- 00938.

⁹ Carta de Gabriel Miró dirigida a Carmen Conde. PCC-AO, signatura: 003, nº de orden: 046.

culturales que Carmen Conde aprovecharía al máximo: «Ambas –escribió Conde– constituyeron para mí durante bastantes años el puente que me unía al mundo literario que me parecía inaccesible». Hasta el momento de poder conocerse en persona en 1929, Carmen Conde se había ido ganando sus corazones y el de sus familias: «En 1929 –dice– vine por primera vez a Madrid y pude conocer, por primera vez, a Gabriel Miró y a Juan Ramón Jiménez: los troncos que, con don Antonio Machado, mantenían el ávido mundo nuevo de la literatura»¹⁰. La amistad con Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí se mantuvo hasta su muerte. En el epistolario de Zenobia Camprubí a Juan Guerrero¹¹ podemos leer con qué familiaridad se trata el nombre de Carmen Conde.

Desde entonces hasta su muerte en 1996, Carmen Conde publicó treinta y siete libros de poesía, además de la extraordinaria producción narrativa, dramática, estudios, ensayos, artículos de prensa, memorias, literatura infantil y juvenil, antologías y recopilaciones de obras propias y de otras escritoras; contemos también su dedicación docente en diferentes niveles educativos (infancia, personas adultas en la época de la Universidad Popular, educación a mujeres en período bélico, cursos de literatura para extranjeros), su amplia labor radiofónica, como guionista y locutora, también en televisión española, su labor como conferenciante, su trabajo administrativo en el CSIC, o como asesora literaria editorial. Por último, apuntemos el cuidado de la inmensa correspondencia que hoy día, reunidas las treinta y seis mil cartas –incluidas las recibidas por su marido–, se conservan en su archivo personal; esto no solo nos sugiere una valoración excepcional sobre el volumen de trabajo dedicado al género epistolar, sino también la vocación por mantener una de las redes de relaciones más extraordinaria entre los escritores del siglo XX, que posibilita investigar con mayor profundidad la historia social y literaria más reciente.

El título de esta semblanza contiene dos de las diez palabras escogidas por Carmen Conde, «Mar» y «Eternidad»: Mar, porque es su lugar predilecto; al mar se dirige cuando sueña, ama, recuerda o ansía; con él pacta antes de regresar a «la selva de casas y de acuciantes urgencias anónimas» en sus *Poemas de Mar Menor*; Mar, porque en su presencia o en su ausencia, es donde respira rebosante de vida: si es el de Cartagena es el mar de origen; si el africano, su infancia; el Cantábrico es el descanso estival, el Atlántico los viajes a América; todos los mares que surca o las marinas que observa la revitalizan. Regresando de Nicaragua llega a decir: «soy mar dentro del mar y hasta un astro soy del cielo / porque en mi ser se confunden estas

¹⁰ Conde, C. «Encuentro con Gabriel Miró», *ABC*, Madrid, 18 de agosto de 1979.

¹¹ Zenobia Camprubí, *Epistolario I, Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*, edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

dos inmensidades. / Y pienso (yo, la mínima) que mi Dios mismo se mueve / moviéndose en el mar con un ritmo tan perfecto». Pero de todos, el Mar Mediterráneo es su verdadero paisaje. Josefina Inclán ¹², escritora amiga, al recordarla en el *Diario de las Américas* tras el Congreso Inter-Americano de Escritoras en Ottawa, en 1978 ¹³, escribió: «Ya distante y en el vacío que dejó en la sala su partida comenté: Si me preguntaran cómo es Carmen Conde diría: “Es un raudal de vida” y añadí: “Cuando habla y camina, cuando dice con el gesto y con la voz me recuerda el mar”, y Lydia Cabrera anotó: “Es que cada ser lleva detrás su paisaje”» ¹⁴. En efecto, el Mar navega toda la obra de Carmen Conde, surca sus páginas-vida adecuándose, como oleaje, al viento de su destino, convocando imágenes metafóricas o comparaciones explícitas para describir con la gradación pertinente la inmediatez de sus pasiones, la simple respuesta apacible de la contemplación o la descarga emocional ineludible.

En la introducción a su *Obra poética*, Emilio Miró pone el acento en su origen levantino: «mediterránea de nación y de crianza, de elección y de fervor, la joven escritora fundía su sangre y su carne, su mirada deslumbrada de sol, y de mar, con la riqueza metafórica de la época, con un rico artificio verbal, una apasionada exaltación de la palabra y la belleza». Guillermo Díaz Plaja destacó el mismo apunte en el discurso de recepción en su entrada a la RAE en 1979, señalando «su condición mediterránea, no por la anécdota del dato, sino por su fidelidad a ese mar que contiene la esencia clásica y la valoración del mundo sensible, entendido como un mensaje de equilibrio y de armonía, exactamente a la medida del hombre». ¹⁵ Estos son también los argumentos y conclusiones en los que Rosario Hiriart fundamenta la edición de *Carmen Conde y el mar* en 1992, donde recoge conversaciones con la escritora y destaca afirmaciones rotundas como esta: «El mar sigue siendo la sustancia de mis propias raíces a pesar de los años que he vivido en Madrid. Yo vengo del mar, aún más, me gustaría morir en el mar». Rosario Hiriart concluía que «el mar es en ella un sentimiento íntimo, parte integrante de su propio ser».

¹² <https://uvadearagon.wordpress.com/2021/03/26/adios-a-una-amiga/>.

¹³ Inclán, Josefina, 1978, «La voz de Carmen Conde en la Conferencia Interamericana de Escritores» [i.e. Escritoras]. *Diario de las Américas*, 20 de julio de 1978, pág.5,15. Miami. Ver en PCC-AO, signatura: RP.29(7099). Josefina Inclán también es autora de la edición bilingüe *Carmen Conde y el mar = Carmen Conde and the sea*; translation by Manuel J. Santayana; portada, Phil Brodatz, Miami (Florida), Universal, 1980. De este título se conservan cinco ejemplares en el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver.

¹⁴ Inclán, Josefina, «Reencuentro con Carmen Conde», *Diario de las Américas*, 14 de julio de 1978, págs. 5 y 23. Ver en PCC-AO, signatura: RP.29(7098).

¹⁵ Discurso de contestación de Guillermo Díaz Plaja, en *Poesía ante el tiempo y la inmortalidad*, Madrid, Real Academia Española, 1979, pág. 56.

Mas, no es necesario acudir a «unos ajenos pareceres». Carmen Conde se reconoce mediterránea, mucho más según se aleja de su paisaje de origen. Desde El Escorial escribe, recién iniciado el año 1942:

Te necesito mar. He aprendido a sustituirlo todo en mi cabeza menos a ti. Tú no dejas nunca de ser el mar mío... A veces estoy enferma de no ser tuya... ¡Cómo se pierde juventud en tierra adentro! ¡Tu fuerza sostenedora mantiene joven y grácil más tiempo! Mi mar, mar mío, mar Mediterráneo mío... Este viento copudo de Castilla se parece a tu oleaje, sin tu olor, como una mano en la oscuridad a la mano amada en plena luz ¹⁶.

En esa mediterraneidad Carmen Conde se ha identificado con Gabriel Miró desde siempre. Ya lo hizo en 1935 en sus juveniles *Cartas a Katherine Mansfield*, donde expresaba el estado anímico diciendo: «tengo lo que Gabriel Miró llamaba “desnutrición sensitiva de Mediterráneo”», ¹⁷ firmando el conjunto epistolar precisamente en «Mediterráneo, 1935». Después, en abril de 1942, meditando sobre el escritor levantino para una posible biografía solicitada por Clemencia Miró, Carmen Conde escribió: «Yo me considero ligada a Gabriel Miró por factores que determinan mi parcialidad. Como nexos espirituales comunes, el amor por las formas; y este nexo es quizá un derivado de la mediterraneidad que nos es común también».¹⁸ Le oiremos y leeremos esta convicción muchas veces a lo largo de su vida, como en su artículo homenaje de 1979 al conmemorarse el centenario de su nacimiento: «Mil ochocientos setenta y nueve es un año que no olvido: en él nacieron mi madre y Gabriel Miró. De ella recibí la vida y de él el amor a la belleza: a la hermosísima tierra mediterránea de la cual somos hijos los tres».

Para esta semblanza he elegido también la palabra «eternidad», ese horizonte metafísico que parece tan consustancial en el decir poético de Carmen Conde por su capacidad de romper con el tiempo, adentrarse en él, trasvasar la línea hacia el pasado, profundizar en lo más hondo del presente, buscar la atemporalidad futura y, en fin, navegar por el tiempo sin tiempo. La idea de «eternidad» se va fraguando desde la juventud, aun sin profundizar en ella, pero comenzamos a sentirla consciente en su texto-homenaje «Gabriel Miró, Sigüenza y la eternidad», dedicado

¹⁶ Carmen Conde, *Por el camino viendo sus orillas I*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, pág. 265.

¹⁷ Carmen Conde, «Cartas a Katherine Mansfield». Esta primera carta está firmada el 17 de agosto de 1935 en Los Dolores, Cartagena (Murcia); fue publicada por primera vez en la página 2 del diario madrileño *El Sol*, Año XIX, núm. 5.629, el 7 de septiembre de 1935.

¹⁸ Apuntes para una biografía de Gabriel Miró, PCC-AO. Dossier sobre Gabriel y Clemencia Miró.

al escritor levantino tras su muerte, en mayo de 1930, con el que la revista murciana *Sudeste* abre su primer número. Decía allí la joven de veintitrés años que entonces era Carmen Conde, que Sigüenza-Gabriel Miró «tenía una clara mirada diáfana desde cuyo fondo seguía llamando a la eternidad», y convocaba en su prosa a la luz, al mar y lo eterno: «ya vive allí, a los remansos profundos de su vida, ha bajado el arcángel que abre cicatrices de luz en el mar».

El tratamiento del concepto de eternidad lo veremos, como la luz y el mar, cambiante, en función de su experiencia vital. Si en los primeros libros la idea de eternidad se asocia a un tránsito de luz ideal, la vivencia de la muerte le proporcionará espacios de meditación que acaban transmitiendo miedo, pavor, llanto y oscuridad que la propia escritora declara en su *Confidencia literaria*, diciendo: «La Poesía adquiriría otro sentido en mi alma: de un bello juego, a una honda palpitación. La tierra me había dicho su primera lección de sombra y eternidad». Una lección que se convertirá en aprendizaje continuo inacabable, aunque en 1970 nos dé a conocer qué hay en sus orillas con la obra *A este lado de la Eternidad*.

También he añadido una voz que debería haber aparecido en el catálogo de palabras selectas: «Luz», elemento constante en su verso vital, seña de identidad de una Carmen Conde marcada por la luminosidad del Levante en que ha crecido. Antonio Oliver (y recorro a él de nuevo para entender mejor a Carmen Conde, porque si maestros fueron Juan Ramón Jiménez y Gabriel Miró, no menor lo fue Oliver, quien guió, acompañó y compartió su firme camino inicial hacia la poesía), dijo en su «Lección de Poesía»: ¹⁹

Un poeta del sudeste español, país tan liberalmente luminoso que aun a Sevilla gana en días despejados, que son casi todos los del año, no puede sentir su espíritu en oscuridad, no puede alzar su voz en tiniebla. Un poeta de la región donde el segundo abril es noviembre y enero primer mayo, no puede ser propicio a la palidez melancólica. Las ventanas de sus versos, las puertas de su mansión de Poesía, solamente a la luz pueden abrirse. Bajo la luz que no permite fraudes ni engaños han de realizarse sus composiciones, y ella ha de inspirar su plástica y su color, su expresión y su sentimiento, su modelado y su línea. Ante esa luz, la invención poética tiene que ser del mejor cuño.

¹⁹ Oliver, Antonio, «Lección de poesía», *Obra completa*, pág. 592.

Y es así en Carmen Conde: es más verdadera, significa más, cobra más valor la luz interior y la del paisaje, la luz anhelada, la perdida, el debate de la luz y la oscuridad en el que se ha visto envuelta la mujer que viene del mar y camina buscando la eternidad. Unas veces la palabra luz será el hilo conductor que irradie todo el contenido del corpus poético, como en *Sea la luz*, o *Iluminada tierra*; otras, lo será su oponente la sombra o la oscuridad, como en *Derramen su sangre las sombras*, *Su voz le doy a la noche* o *La noche oscura del cuerpo*. Pero siempre, la convicción en la posesión de la luz a lo largo de toda su producción nos está advirtiendo de su propio élan vital, su impulso, su fuerza más pasional, tan necesaria para la creación como para la supervivencia, convirtiéndola en una verdadera resiliente en situaciones límite.

Caminemos ahora por su obra-vida o su vida-obra, intentando una semblanza sin cifras, sin análisis, pues como ella dejó escrito: «A la Literatura solo le interesa la obra, sin análisis clínicos, sin divagaciones... Todo lo demás, el menudo picoteo en los hechos menudos no ofrece nada al arte... Basta ser sensible, inteligente y leerla con reposo».²⁰

I. Infancia y juventud. Cuando se forja la mediterraneidad

Para encontrar a Carmen Conde niña y joven, o la idea que ella quiso que tuviéramos de esta etapa de su vida, debemos transitar por las páginas de la juventud enamorada de *Brocal* (1929), las de la sublimada infancia recordada en *Júbilos* (1934) que desarrollará después en *Empezando la vida* (1954) y en diferentes momentos de su producción literaria, como en *Los monólogos de la hija*, (1959), en homenaje a su madre.

La juventud fue escrita antes que su infancia, en versos y prosas líricas que, al final de una selección, en la que tuvo mucho que ver Antonio Oliver, compusieron *Brocal*, libro de prosas poéticas, libro puro y enamorado, como dijo la propia Carmen Conde, nacido del amor por el poeta. Su «yo lírico» omnipresente recorre los poemas con la fuerza expresiva, pródiga en deliciosas imágenes metafóricas, que merecieron comentarios como el de Jorge Guillén: «Muchas gracias por su *Brocal*. Agua ideal para todo estío. ¡Qué frescor, qué transparencia, qué delgadez de agua! [...] ¡Qué ardor, qué amplitud de posibilidades poéticas en esas invocaciones a un tú

²⁰ Conde, Carmen, «Apuntes para una biografía de Gabriel Miró». PCC-AO, dossier sobre Gabriel Miró.

escondido y latente! ²¹ El conjunto consiguió la atención de la hispanista francesa Mathilde Pomès, que decidió incluir algunos de sus poemas en la obra *Poètes espagnols d'aujourd'hui* ²², publicado en Bruselas en 1934. En *Brocal* «la luz se baña en las balsas que son ventana del panorama; la noche está cuajada de estrellas, luna y luceros; la luz atardecida, o el anochecido son luminosos, la mañana adquiere tonalidades rosa y azul, en el puerto refulgen las luces de los faros y asistimos a estampas como estas: «Sol, Dios./ Al mar, con brisas de gaviotas inmóviles, llevaremos esta alegría./ Dios, sol» [...]. «¡Cómo se entraba a la noche honda del verano, todo quemado en ponientes de fragua!» [...]. «Del faro rojo, al faro verde. Del faro verde, al faro rojo. ¡He abierto la madrugada, caminando de faro a faro!». Y este último ejemplo: «Por horizonte –¡aún!–, la ventana del puerto. Al fondo, en los cristales altos, el mar. En los cristales bajos; el mar. Y siempre –¡todavía!–, un barco anclado en la ventana», recordándonos su etapa de calquista de planos en la sociedad de construcciones navales cartagenera, cuando apenas rozaba los quince años y se había convertido en la mujer más joven de las cuatro que lograron las plazas convocadas en esa sociedad de hombres regentada por ingleses.

Damos un salto hacia los felices años iniciales de la Universidad Popular, etapa entregada a la actividad sociocultural, inscrita en el proyecto pedagógico de la II República, desde finales de 1931 hasta 1936. De alguna manera Carmen Conde siguió disfrutando de la literatura con los intercambios de prensa y revistas a nivel nacional e internacional o el encuentro con escritores y poetas, como el de Miguel Hernández, joven y novel poeta a cuya memoria después de su muerte en 1942 dedicó una importante porción de tiempo durante toda su vida.

En 1933 escribe *Júbilos* y, en avanzado estado de gestación, viajará a Madrid para encontrarse con Gabriela Mistral, quien le prologa exquisitamente ese libro «de magistrales estampas rápidas a las que no le sobra nada». En *Júbilos* todo resplandece, brilla; hasta las niñas trascienden encendidas en su recuerdo, como «Javiva» que «era sonrosada, luminosa. Recóndita y desolada como un desierto». De ella no olvidará «el halo de llamas en que movía su minúscula cabeza». Tampoco olvidará aquellas encendidas y aromadas «Pascuas tan exquisitas, tan llenas de color y de alegría» a las que nombra: «Pascua de la Galleta, Pascua de la Gallina, Pascua

²¹ Carta de Jorge Guillén a Carmen Conde, fechada en Valladolid el 28 de julio de 1929. PCC-AO, signatura: 003-003.

²² En el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver se conservan dos ejemplares de la obra *Poètes espagnols d'aujourd'hui/ poèmes choisis et traduits par Mathilde Pomès; introduction de Lucien-Paul Thomas*, con las referencias R.01672 y R.06902. El ejemplar registrado con la referencia R. 01672 contiene anotaciones manuscritas de Carmen Conde.

de la Cabaña». En su evocación jubilosa, la niña aprende la noche del puerto y la playa de luna; el conjunto le deja huellas como estas: «La tierra en que estuvo sentada la niña, el resto del ancla, las piedrecillas salitrosas, tendrán siempre una claridad humilde que yo retendré en mi corazón...». O también: «Las barandas de los patios del cementerio daban al mar, era un gozo asomarme y admirar las velas de sus barcos...»; «...Por eso frente al mar, a la sombra inmóvil de los callados, abrí mi corazón hacia la luz en que hoy veo».

El mar africano de *Júbilos* evocado da paso al actual desde donde escribe en la costa levantina de Cartagena. En Cabo de Palos la luz no se recuerda, sino que se siente, se palpa, se embebe. Las emociones tangibles tan mironianas, que permiten sentir el relieve a base de impresiones sensoriales, nos traen el paisaje eterno del mar perfecto: «Huyendo de la tierra caliente con olivos y naranjos, el brazo del cabo se hunde en el mar bravamente. Penachado de luz, rumoroso de olas, el faro se cimbreaba con el viento que llega de ardientes zonas».

Y la contemplación de las playas abiertas al sol cabopalense nos mostrarán el idílico lugar del mar, una esplendorosa luz y una idea de edénica eternidad: «Enfrente el mar. Resbalan los ojos por la tierra tostada, y en un confin de oro, ¡azul recién creado, azul primigenio, azul de azules! ¿Qué doncellas dulces y olorosas como los dátiles cercanos, empavesan entre los dos mares? Grave plenitud de eternidad entre las colinas...»; «Mar y costa se han detenido para meditar en lisas cuestiones de eternidad».

La infancia se complementa años más tarde con una obra de relatos-recuerdo, *Empezando la vida*, sobre su infancia entre Cartagena y Melilla, donde continuaremos viendo las percepciones sensoriales olfativas, gustativas, auditivas, visuales y táctiles que la confirman en un paisaje legendario, componiendo una paleta de tonalidades complementarias a la luminosidad de las horas infantiles tan parecidas a las de *Júbilos*.

Júbilos se publicó en 1934 en las ediciones murcianas *Sudeste*, con prólogo – como vimos– de Gabriela Mistral e ilustraciones de Norah Borges. Al río de misivas dirigidas a la «Vida de la Universidad Popular» se suma otro caudal trayendo nuevas en torno a *Júbilos*, tanto que podría configurarse una red particular en torno a esta obra. El Secretario del Patronato de Misiones Pedagógicas, Luis Álvarez Santullano, solicitará hasta 300 ejemplares del libro que se convierte en lectura escolar obligada, como sucedió con la obra *El maravilloso viaje de Nils Holgersson* de Selma Lagerlöf en su época. Pero, para entonces su vida había perdido esa precisa luz que recorre *Júbilos*: en octubre de 1933 nacía muerta la hija que esperaba. El diario

lórico, dejando constancia de su embarazo, parto y duelo íntimo que escribía se publicará en 1983 bajo el título *Derramen su sangre las sombras*. La primera conciencia del potencial de su luz interior creadora de vida la adquiere en esta etapa gestante en la que podemos observar la evolución de su luz-vida-fuerza vital en tres momentos:

- a. La luz que siente y la luz que piensa alumbrar: «Voy a darte la luz»; «Ahora que en nada creo /, te espero para librarte/ de todo frío, de toda sombra. / ¡Yo seré una luz que entibie / tu mundo, yo seré la luz / que te alumbre!». Viajando de Madrid a Cartagena hallamos una perfecta identificación con su paisaje. Luz, mar, alma se dan citan en el soliloquio: «Ya sé que busco el olor salobre de mi lugar de ensueño. No vivo aquí entre ruidos desgarrantes y olores industriales imperfectos. Por ello voy hacia mi nivel de mar. Alguien dentro de mí, lo mejor mío, quiere asomar sus ojos a un azul salino. ¡Llévale, alma; llévale a su alvéolo nítido de cielo mediterráneo!».
- b. El final de su etapa de gestación se recrea en versos que van desde la luz a la más terrible de las sombras. La eternidad es un vientre y el mar la región salina necesaria para alumbrar al hijo; así dice: «Ventre, mina, cantera/ de hijos. / Infinito espacio en donde caben / latidos y potencias. / Curva de mi existencia. / Crepitar en lágrimas / de mi cuerpo dolorido. / Nacimiento del que ahora / vive de la veta callada que soy dentro de mí. / Pleno albor de su anhelada/ emersión de la luz». En el texto siguiente la eternidad es el tiempo que «nace y desnace»: «Madre: yo he salido de ti / y él saldrá de mí. / Yo iré a ocultarme, siguiéndote / entre túneles estrechos; / A buscar el hondo vientre / de la eternidad. / ¡Oh el inmenso / nacer y desnacer / del Tiempo».
- c. Con el giro de la luz hacia la sombra se mueve la percepción de la eternidad produciendo desgarradores sollozos en prosa poética: «Alma mía, pequeñísimo lucero que no abrió ninguna primavera, hija del amor de lumbre amarga y sonriente eternidad: ¡Por qué no habré podido conocerte con mis sombríos ojos? ...» Mucho más desgarrador es el lamento dirigido a un ser humano concreto, la niña que ya posee un nombre propio: «...María del Mar y de la muerte se llamó la niña. Porque nació sin vida, tanta como yo creía haberle dado mía. Como en una barca se fue a bordo de su nombre azul y anchísimo, más allá de mí. ¡Espérame María del Mar! Espérame con tus ojos ya abiertos y llenos de mi imagen; con tus bracitos para mi cuello; ¡con tu sonrisa de ángel sin besos para mi eternidad encendida!». Por último, la eternidad situada en otra orilla, otro lado de la vida que ya es la muerte, le produce miedo: «Se ha abierto la eternidad para una luz mía. Empiezo a tener algo de mi ser al otro lado de la existencia.

¿Se me espera más allá de aquí para apaciguar el tumulto de mi inmersión en la muerte? Siento por vez primera el pavor de la eternidad».

Las bellísimas *Cartas a Katherine Mansfield*, que fue publicando en *El Sol* en 1935, dan cuenta de su etapa de transición. Las epístolas, delicia para los sentidos con sus ricas descripciones paisajísticas a base de matices sensoriales y cromáticos, dibujan el paisaje exterior revelando su interior en plena ebullición y desasosiego. «Yo no tuve nunca aquí ningún acicate exterior; vivo de vida humana para producir belleza. Fuente de mí, yo mano luceros que pongo entre mis hojas; faro de mí, yo alumbró la galería cruzada de aletazos, adonde salgo con canciones y jubilosos días, noches de tristeza y madrugada en vilo. No sé todavía qué creo, ni quiero, definitivamente, más allá de tratar con el blanquísimo papel de la literatura». De lo que sí está segura en ese momento es: «quiero juntar en vida de relámpagos mi alma con mi espíritu. Quiero crear, quiero dar forma y sonido a lo que puebla mis venas. Quiero volver mis ojos hacia adentro cuando ya dentro no queden paisajes que decir».

Poco después sobrevendrá la experiencia de la Guerra Civil española marcando otro punto de inflexión trascendental.

II. La otra cara de la eternidad. Sosteniendo un pulso con la luz y el mar al fondo.

Declaraba Carmen Conde que entre 1936 y 1939:

La palabra ya no vive en función de la belleza únicamente, ni del amor solo amor. Me toca vivir con mi generación una dramática experiencia humana. Por uno de esos inesperados designios que azotan a las criaturas, es en Valencia precisamente en donde yo adquiero mi íntegra personalidad. Tengo 30 años y he sido hija, novia, esposa, madre frustrada. Cada día puedo morir con los que mueren y esto entrega a mi vida un valor singular. La literatura ya no es un delicioso ejercicio, sino que me aproxima y me comunica con mi tiempo. Si mis poemas eran los de una enamorada de todo (amor, vida, tierra, hermosura), ahora son los de una mujer que ha madurado de golpe y para siempre.

A esta etapa concreta pertenecen las prosas poéticas de *Sostenido ensueño* y *Mientras los hombres mueren*. En el primero, oscila la luz a medida que le impactan los nuevos acontecimientos (guerra, amistad, amor, humanidad, nuevos paisajes,

viajes forzosos o deseados), dejándonos en su mapa creativo el rastro de la experiencia con toda fidelidad: lo que ve, siente, oye o medita, se va enhebrando hasta obtener un itinerario vital y emocional que se entiende mejor a la luz de su correspondencia con Amanda Junquera, el manuscrito original de los poemas escritos en Jaén y los datos biográficos de Carmen Conde y Antonio Oliver, durante estos años de movilizaciones hacia otras tierras andaluzas. Todo ello lo hallamos perfectamente reproducido y comentado en el estudio de Javier Díez de Revenga titulado «Por tierras de Jaén y del frente sur (1937-1938)»²³, donde contextualiza los poemas giennenses en un marco geográfico múltiple: el último curso de la Universidad Popular; Carmen Conde y su amistad con Amanda Junquera; el reclutamiento de Antonio Oliver para el Frente Sur, que provoca su abandono del domicilio cartagenero; el destino de Cayetano Alcázar a la Universidad de Valencia adonde irán a matricularse Carmen y Amanda, la excursión a Ifach durante unos días y el traslado temporal de Cayetano al frente de Baza. En medio de ese acelerado vaivén de acontecimientos, van escribiéndose las intensas meditaciones de Conde. También podemos acudir a su obra *Por el camino viendo sus orillas* (I) donde hallamos veinticinco páginas dedicadas a su paso por las tierras andaluzas y otras tantas a su paso por Valencia hasta llegar a Madrid.²⁴ En *Sostenido ensueño*, «Sino», «Ascensión», «Paisaje», «Continente», son animosos pasos previos al hallazgo de la reserva de luz-amor-plenitud que será «Ifach», al que dedica un exclamativo: «¡Contigo, Ifach!, por el camino espeso de vides, que es la eternidad tuya». *Sostenido ensueño* contiene temores, duelos y soledades, pero en su conjunto se acentúa el ánimo, el aliento, su élan vital, al que le otorga voz y la capacita, una vez reconocida, para conducir, guiar y crear. Así, ante el paisaje, dice: «esta voz es, exactamente, mi voz nueva». Esa «voz» es imperativa y le ordena: entrégate, «¡No te detengan los pasos jamás! Sigán yendo rectos, fuertes, voraces. Un ser como tú cuando se para ya no puede cantar: se canta andando, se canta yendo. Se va con prisa, arrebatado... porque se va». «Resistir. ¡Torre contra las torres, viento contra los vientos del Viento!». Finalmente concluirá: «Mi destino, como un fruto: de sus hojas verdes, olientes, a su corteza amarga, a su pulpa tierna y a su semilla agria y confortante. En lo remoto un caliente paisaje; encima muchos paisajes diversos; y mañana, el zumo de la simiente, la gran síntesis de raíz suprema. Para entre tanto, la grande y gloriosa sangre, construir y destruir los días. Vueltas de mi fruto, aspas de mi destino. Fracaso de cada vez en la vez de ilusión que se juega mi frente».

²³ Díez de Revenga, F. Javier, «Por tierras de Jaén y del frente sur (1937-1938)», en *Carmen Conde desde su Edén*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2020, págs. 201-240.

²⁴ *Por el camino viendo sus orillas*, I, págs. 127-151.

Continuando con las declaraciones manuscritas de Carmen Conde, leemos: «Valencia es mi mismo mar Mediterráneo, y mi sol, y mi olor de frutas y flores. Pero en Valencia hay lo que ya me acompañará siempre: dolor, seres que padecen y que mueren. Si a mí se me habían muerto un padre y una hija, ahora se me estaba muriendo mi pueblo». ²⁵ Es la época de composición de *Mientras los hombres mueren*, inéditos hasta su aparición en Milán en 1952 e incluidos en su *Obra poética*, que vienen introducidos con una explicación suya: *Mientras los hombres mueren* fue escrito en un tiempo de intenso dolor por lo que la guerra destruía y seguirá destruyendo. [...] Y, sin embargo, decir en voz alta cuánto se está sufriendo por lo irremediable parece que borra todos los límites entre los demás y nosotros. Y ese fue el único consuelo que encontré entonces».

He seleccionado los siguientes textos, bajo la perspectiva de lectura adoptada, en busca de la luz, del mar y la eternidad, que adquieren especial relevancia al compararlos con las anteriores obras publicadas. Dice el poema XIX:

¡Nadie me hable ya, como si la quisiera, de la Eternidad! ¡Ninguno acuda con su imprecación ni con su oreja para oír lo que no soñó ni Dios mismo! He visto caer los edificios como frutas reventadas, las voces más desvincijadas se desplomaron ante mí, los seres de medio ser por mis caminos quedaron... Y todos eran eternos, fluían incesantes desde las cuevas donde la Eternidad tañía sus arpas dislocadas. Allí aprendió mi sangre la brevedad de todo suceso. Por este dolor que duelo, ¡nadie acuda a mi ternura hecha lágrimas desesperadas. Yo bien sé que todo es mentira en cuanto se refiere al Tiempo y al entumecido principio de perennidad... ¿dónde?, ¿en qué ámbito? No se sabe dónde vive el eterno tiempo, y la gran criatura que lo consume como a un amante otro amante consume. ¡Fugaz locura de que otros vengan sobre mi ser, describiéndome la hermosa perspectiva de la Eternidad! Estoy oyendo cómo sobre la tierra en que se clava mi casa caen y caen las metrallas de la muerte... ¡Y quién vendrá a decirme cosas sobre la Eternidad! Yo misma, que caigo de llanto, soy tan eterna como una brisa... ¡Eternidad! Abriré el pecho de quien venga a nombrarme el fabuloso ensueño de mi alma en chispas.

²⁵ Notas manuscritas inéditas de Carmen Conde que sirvieron de prólogo a la lectura de poemas durante la conferencia impartida el 25 de abril de 1966, en el Aula de Poesía del paraninfo de la Universidad de Valencia titulada «Mi itinerario poético».

Sin embargo, su extraordinaria capacidad de resistencia y entrega, le hace expresar en el poema XXII:

Nadie sabe dónde está la luz. Y van los hombres con las manos extendidas, altas las frentes y una esperanzada sonrisa en labios fríos. Las mujeres aguardan con sus pupilas agrandadas por el deseo, en cualquier nube, umbral o isla... ¡Solamente yo soy el ser que sí conoce su luz! ¿No la veis, los que ahincosamente miráis, sobresaltarme como una corriente, escapárseme de las sienes, cabellos y hombros? ¡Iluminaremos el mundo sin voz de vuestra búsqueda! Estoy encendida, sí: encendida de mediodía exacto, de tarde cumplida. Y mi fe en mi luz es mi única lumbre. Aprended todos de mí a llevar muy en pie la llama.

Después, reconociendo la difícil realidad de la humillante locura fratricida a la que se ha llegado, continuará alentando con su luz en el poema XXIV:

Nos derramaron los odres de las sombras. En vano quiero alumbrar. Hay tanta sombra que la luz se encoge hasta limitarse a mi cuerpo. Los campos se volcaron de sus campanas de agua. Los sembrados irguieron flores negras. Todo caminó sombrío por las cuevas del Alba y por los llanos de la Noche. Mi dolor oscuro tenía tres alas lentas... ¡Ved mi llama, acercaos a mi lumbre! ¡Soy un grito que el fuego dejó entre vosotros los que odiáis la primavera, y arderé hasta incendiaros los ojos!

El mar de *Mientras los hombres mueren* aparece en varios textos, pero siempre como escenario bélico, de destrucción, es un mar que engulle hombres y gritos de terror y forma montañas hasta el cielo. El puerto ya no será su ventana del panorama, los barcos que hay en el puerto son barcos de guerra. Cuando llega la paz se lamenta: «Han aullado los barcos, y en los sombríos muelles torrenciales agonías de millares de hombres que querían huir vencidos... como un súbito alud inmensísimos terminó la guerra, se desplomó la paz». La lectura de la segunda parte, «A los niños muertos por la guerra», es tremendamente dolorosa, sobrecogedora. No evitan las palabras el daño del recuerdo vivido sino, al contrario, lo dilatan, lo despliegan en un muestrario de crueldades tan ciertas que conmueven hasta empequeñecernos el alma después de cerrar la última página.

Entramos en la tercera etapa, la de su consagración como voz poética indiscutible.

III. Nueva luz. El mar de siempre, lejos. La serena eternidad

Hasta llegar al exitoso año 1945, habrá una etapa desde 1939 a la que Carmen titula en sus memorias «Penosa realidad», donde recuerda:

Un año entero encerrada en una habitación, lee que te lee y escribe que te escribe. De aquellos días –rodeados de ternura y de generosidad– salieron muchísimas páginas, entre ellas las que componen mi largo poema *El arcángel* incluido, inédito, en mi *Obra poética*. [...] Las noches eran insoportables para mi desánimo. Las mañanas aliviaban la tensión y se soportaba el día sin futuro previsible. Desde la habitación donde yo dormía se oía todas las noches el ruido de los fusilamientos en el cementerio. [...] Así pasó todo el año 1939-1940 (por lo que a mí se refiere), con su verano caluroso en piso que lo acusaba; con el tormento de las cartillas de racionamiento y del estraperlo: hambre para todos, pan agrio de apretado maíz, amenazas desde todas las bocas, y la angustia del recuerdo de los míos... Sin el cariño que me rodeaba y las atenciones, yo no habría sobrevivido.

En la primavera de 1940 fuimos a buscar casa en El Escorial [...] Al enfrentarme con el camino y luego con el monasterio, me eché a llorar. Eran dos emociones contradictorias: la repulsa levantina al mundo de piedra que parecía inhóspito, y la admiración a un tiempo por el mismo. Después del verano tomamos casa en la Alameda, número 12, 2º piso. Allí empezó una etapa inolvidable para mí. [...] Escribí unas páginas a manera de ensayitos literarios que reuní en un libro, *Mi libro de El Escorial* [...] *Pasión del Verbo* y, más tarde, *Ansia de la Gracia*. [...] Jamás, desde entonces, he disfrutado de mayor serenidad y tiempo para escribir a todas horas.

Escribió también un conjunto de 25 poemitas en prosa, en 1941, que no cita, titulado *Mío*, donde revela su asentamiento en el paisaje castellano admitido, asumido y ya amado. Su libertad personal vale toda la distancia del mar. Quien escribe es una Carmen Conde madura: «Allégate paisaje. / Quédate en mis ojos. Fúndete en mí. Incorporátame. Eternízame. / Yo quiero morir dulcemente en tus manos.» [...] «Aquella plenitud de mar por donde yo entré a la Poesía... / Y aquel pórtico barroco junto al cual paseé un ensueño... / ¿Qué dicen en mi sangre frente

a la ordenada y limpidísima portada herreriana que ha ido serenándome hasta el éxtasis?»).

Y un tremendo reconocimiento de la quietud que serena su alma, tanto como lo hiciera el mar antaño, trae nuevamente la idea de eternidad: «Quedarse quieta junto a la ventana; enfrente, el Monasterio. En torno suyo, el aire más diáfano de España. Las manos libres de toda prisa, como el ánima. Al lado, encima, en la boca, la eternidad».

Pero una vez allí ubicada, reposada el alma, vuelve el recuerdo inevitable del mar: «El boj que remueven los favonios empuja en la memoria mediterráneas brisas. [...] Mar mío, mar Mediterráneo, qué lejos estás de El Escorial».

Otro apunte necesario para seguir hablando de la nueva voz poética de Carmen Conde es el hecho de ir a vivir precisamente al inmueble propiedad de Vicente Aleixandre:

Las terrazas de Velintonia, 5, se abren sobre el jardín de los Aleixandre, y el día que hablé por primera vez con Vicente constituyó para mí un acontecimiento inolvidable. Vicente contaba entonces cuarenta y dos años; alto, distinguido, con ojos azules preciosos, cálida voz y gratas maneras. Enlutado por la reciente muerte de su padre, cordial y acogedor –y esto bien lo saben las generaciones jóvenes que pasaron por su casa–, representaba para nosotros lo mejor y hermoso de la poesía, tanto por su obra como por su persona.

Un vistazo a sus agendas personales nos da idea del importante círculo de amistades que en Velintonia se dieron cita a lo largo de esos años. Todo fue calando en el decir poético de Carmen Conde. Ahora sí, 1945 será el año decisivo para la obra poética de Carmen Conde. Publica *Ansia de la Gracia*, recogiendo los 25 poemas de *Pasión del verbo* editados en colección privada anteriormente. Leeremos en adelante a una mujer que emplea todo el caudal poético contenido, tamizado por los años de estudio y reflexión que ahora fluye indeleble con versos sensuales, intuitivos, admirablemente tallados y pulidos con la precisión de aquella «instintiva y dueña del idioma» que Gabriela Mistral vio en ella a los veintiséis años, augurando que «en el lenguaje de Carmen de cuarenta años hallaremos crecidas y multiplicadas las bonitas invenciones y pulcros atrevimientos». Difícil será elegir poemas de estas magnas obras de lenguaje renovado, traspasado de amor por la vida que le ha regalado la seguridad, la calma necesaria para la creación. Dice en «Jardín de El

Escorial»: «Aquí siempre hay silencio, / Quizá porque la piedra / el más hondo reposo rezuma para el alma. / Los siglos a oleadas vinieron a romperse / bajo la indiferencia erguida de las tapias. [...] Yo aquí pude sacar lo mejor de mi vida. / Aprendí a conocerme, a saber lo que quiero. / Y no puedo alejarme, para nunca perder / esta seguridad de la Tierra y el Cielo».

En *Ansia de la gracia* la poetisa despliega todos los sentidos y muestra todas las voces del bosque y el camino, la voz de la piedra y la montaña, la voz de Dios. Las palabras acuden, las siente venir «despacio y sin cesar desde el olvido»; se ve nueva ante el espejo, la soledad está llena de sabiduría. Y reconoce un «tránsito» de los elementos indispensables, luz y mar, en los siguientes versos: «Luego de la luz era la luz. / Después estaba el mar y con el mar / un ansia de morir siendo su vida. / Mi alma sola, sueño liso respiraba / por sus ramas silenciosas de agua quieta. / Otros seres que achicaban mi estatura / ascendían en un vuelo transparente».

La voz es otra de las constantes temáticas condianas; las voces que pueblan los poemas de esta etapa –las voces de los pechos mudos, las voces del Universo, su propia voz que habla a los ángeles, considerándose ella, poeta, una «emisaria de lo sagrado eterno»– son instrumentos útiles en su diálogo con la eternidad, sirven para declarar su tormento, son un grito. La eternidad es considerada aquí «el otro lado» y en el poema «Seguridad» se interroga: «¿Qué no va a escucharme un ángel cuando yo grite? / ¿Qué no se abrirán sus coros al irrumpir mi llanto?... Si vivo es reteniendo la deslumbrada luz mía, segura del momento en que no pueda callarme». Misticismo arrebatado y a jirones, rota en ansiedades y búsquedas de Dios, caminante por la tierra explorando lo inefable, Dios-mar-eternidad es Carmen en *Ansia de la Gracia* que exclama en el poema «Arrebato»: «¡Ah, lejos de los lejos, criatura que no veo! / ¡De cuántas sacudidas me puebla desearte! / Quisiera conocerte, oír tu voz violenta / Oler tu áspero cuerpo de fuerza en arrebato...», para terminar exclamando: «¡Y Carmen si me llamas, será toda una brasa, / que funda tu palabra, hasta quedarse muerta».

1947 será un año de éxitos y afianzamiento de su palabra poética con tres nuevos poemarios: *Mi fin en el viento*, *Sea la luz* y *Mujer sin edén*. En todos se produce el diálogo con Dios, la interrogación retórica buscando respuesta a la mujer que ama, la mujer que recuerda, que se arrepiente; la mujer que duele, la que no entiende su destino, o lo rechaza, la mujer que sufre por lo que pierde y se destruye. En realidad, no hay mar, no es necesaria ni su imagen metafórica; no hay citas de eternidad, pero es de eternidad de lo que trata en su indagación por resolver los dilemas de su cuerpo y su alma. Ni siquiera hay luz en *Sea la luz*, porque solo importa su yo lírico en la incesante búsqueda de su claridad-resolución; apenas

hallamos cromatismos neutros con la presencia de luz y sombra en oxímoron o versos en paralelismo antitético. Solo ante Dios recuerda la presencia de la luz de su sangre recordando a la hija nacida muerta diciendo: «Cuánta luz en la sangre residiendo / sin que yo la brotara / porque fuera luz. / Solo ella era».

Mi fin en el viento, poemario de estructura tripartita, acoge lamentos, súplicas, cantos, con una intencionalidad cósmica, conteniendo tres de los cuatro elementos esenciales: el agua, protagonista de los poemas «Lluvia en mayo», «Primavera en la Moncloa», «Desierto Sájara», «Tres poemas al mar Cantábrico»; la tierra, de intensas imágenes en el poema «Toro en Guadarrama», dedicado al poeta Miguel Hernández, que ya había publicado dos años antes en la revista literaria *Halcón*,²⁶ con una dedicatoria valiente para la época: «desde la vida donde fuimos amigos», siendo casi pionera en homenajear públicamente en tiempos de censura al poeta muerto vilmente; el aire, por donde fluye la música, suenan los instrumentos como orquestal tormenta y vuelan caudales de aves. En la segunda parte, «Destierro», el pesimismo invade cada verso, la mujer anda «por la sombra lenta», siente que las «tenazas nocturnas acechan su sueño» y concluye rotunda: «No tengo casa». La tierra pesa en estos poemas, ella es «fiera de la tierra», pero nunca fue su criatura, no la abandonan la nostalgia ni la súplica, pero tampoco una «actitud»: «el que espere y sonría, ese verá la luz». La tercera parte, «el pesar de la criatura» le concede un espacio primordial al cuarto elemento: el fuego, que no había aparecido hasta ahora, lo hará liberador y purificador en el poema «Éxtasis»: «¡arder, arder! / en fuego limpio sin orillas con ceniza». *Mi fin en el viento*, ascética y mística, lamento y purificación, tiene un momento para el recuerdo de su paisaje antiguo: «soñar mis sueños yo, aquellos sueños / de esbeltos palmerales levantinos; / beber brisas salobres, yo sedienta, / oyendo sollozar por los alcores».

Se ha hablado muchas veces de la obra capital de Carmen Conde, *Mujer sin edén*, de la que ella confiesa: «la escribí durante los días horrendos de la II Guerra Mundial y de los campos de concentración. Eso hizo Eva, salir del Paraíso y morir en un campo de concentración, aunque yo lo asumí a través de todo su viaje y hablé por ella en sus distintas etapas viales».²⁷ Ciertamente, qué libro tan inteligentemente urdido. Metida en su alma, Carmen Conde le otorga a Eva la voz de todas las Cármenes que han vivido en ella y habla por todas las mujeres del presente que callan y lamentan, que lloran y suplican, que bajan su mirada y laboran y paren, que protegen al hijo, rechazado y amado, al hijo de su entraña parido y muerto. Pero esta

²⁶ *Halcón* fue fundada por Arcadio Pardo, junto Manuel Alonso Alcalde y Luis López con quienes Carmen Conde mantuvo correspondencia y buenas relaciones. Se editaron trece números entre 1945 y 1949.

²⁷ PCC-AO, Producción literaria, caja núm. 5.

mujer-Carmen-sin edén que camina por el largo tramo de la historia de todas y de la suya propia, envejece, se detiene, teme, perdona, sueña y le suplica el perdón a Dios en un extenso poema final colmado de preguntas retóricas conmovedoras. Habrá un espacio para traer al mar identificándolo con Dios: «Metiéndome yo en él, ya no soy Eva. / No pienso, no me muevo, me abandono.../ Flotándolo me entrego y se me entrega / en un largo tomar que me desangra. / La fuerza que contiene en su sustancia / renace y muere en sí. Es Dios el mar». Esta identificación será más concreta aún en el poema «Dios y mar» de *Iluminada tierra*, poemario que abre la década de los cincuenta. Se inicia otro largo caminar de verso en verso, haciendo cuatro altos en su itinerario indagador por la vida, desde el día «en que se hizo todo: todo lo que es la lumbre y sus rojos carbones» y desfilan seguidos mar, eternidad y luz en los versos iniciales diciendo: «...como si Dios pusiera / arcángeles y peces en los hombros del Caos; / y nosotras, ¡mujeres!, y vosotros, ¡caballos!, / viniéramos del baño en el mar de ceniza / que dejaron los sueños, la eternidad confusa / que es abrirse a la luz, al amor y a la muerte». No obstante, el poema «Yendo» anuncia que «el buscar una luz aquí en el mundo/ cuesta darse a la sombra implacable» que, en efecto, la descubrirá en el último tramo titulado «Se hicieron país las sombras». Allí está la luz, que tanta claridad ciega, «donde los ojos se anegan en mares de luz» y «¡es el concéntrico grito / de la luz, quien sacude, / los cimientos oscuros! / Más allá de lo que es el horizonte / está ardiendo la verdad». Al fin descubrirá que no supo ver el «tú sombrío» que salió oscureciéndola, aislándola, cuando más luz primera llevaba. Leemos en el poema VII: «¡Qué torpe este designio de confundirlo todo / y darme, por la luz, una brasa de sombra. / En isla convertida la claridad primera / –oh, náufraga de mí, abandonada suya!–, / un sordo palpitar de estremecidas noches / en pleno mediodía se levantaba bronco / ¡Cuán duro el empeñarse en apagar el tiempo / para que el reino negro se tragara la luz! / Fue lento el transcurrir de turbios avatares, / muchos días caí con los ojos cerrados.../ La cueva de la luz incrustada en el Día / está dentro de mí; soy yo misma esa cueva».

Al final de todo el poemario-camino-peregrinación por sus laberintos del alma, puede concluir: «Hasta que llegó la luz. / Una rama crepitante, / una selva que deslumbra. / Toda oscuridad vencida».

Meditará después la poetisa en *Vivientes de los siglos*, sobre la humanidad el mundo, hecho patrias y destierros, recordando al último poeta clásico griego Kostis Palamas que tan bien conocía desde su juventud; homenajeará tiernamente a la madre en el lamento de *Los monólogos de la hija*, mientras se van forjando otros poemas que publicará al iniciar la nueva década. Así llega *En un mundo de fugitivos*, donde, como tantas veces, pone su mirada existencial sobre su realidad constatando

su finitud irreal, porque es la fatiga por el peso de su vida y la del mundo la que le dicta el agrio verso: «una se va gastando, cada día, en la vida...»; reconoce que todo lo ha ido abandonando pero a pesar de ello «está la inagotable pradera irresistible del mundo del ensueño, eterno y renovado». Después, en el extenso poema «Eternal presente», hallamos un aliento de luz al recalar en su paisaje para darnos versos que sonarán más densos en los futuros *Poemas de Mar Menor*: ¡Oh, campos de mi mar, memorias de una vida / que nunca me viví, que siempre en sueño anduve! / Ya tengo yo la luz que es tu mediterráneo, / vistiéndome del más antiguo y noble manto.» La composición está firmada en «Tierras del Sureste», en 1958. Aunque en el mismo poema también aflora el rencor acumulado hacia la ciudad que la expulsó en tiempos bélicos: «El odio es una ciudad que tuvo barcos, e historia / de barcos y de aventuras; hasta de largos viajes / con empeño de Poesía». Odio que olvida y transforma en exaltado sentimiento de pertenencia en el poema «Ciudad mía», en la obra *Desde nunca*, de 1982, concluyente en «Tú eres mi ciudad, la que nunca olvido / porque vas en mí continua y presente. / Quédate la voz que te lleva dentro / y es tan solo un eco de la que me diste». Acaban de componer ese «mundo de fugitivos» otros extensos poemas: «Requiem amargo por los que pierden», «Los que lloran», «Crisis», «El muro»; son poemas poblados todos de profundo desaliento, rabia, odio, donde incluso Dios es un «Dios de la ira» que en el último poema muestra su «brazo que fulmina y que fulmina». No obstante, el poema «Canto al hombre», que cierra la obra, abre la esperanza a la humanidad confiando en el Hombre-dios, que anduvo entre los hombres como varón joven, «ajeno y amplio como tierra y como el mar, como el espacio», idealizado por su osadía y heroicidad. Concluirá el Canto aludiendo a la eternidad: «Más allá de la vida y de la muerte, Hombre, te amo», aunque antes ha expresado una condición: «Mientras seas como eres, una luz entre las sombras, una luz entre los bosques».

En la órbita de los años sesenta, tan fecundos, tan agitados, aparecen varios poemarios. De 1960, aunque escrito diez años antes de su publicación es *Derribado arcángel*, donde declaraba: «un prodigio de luz temblando queda / encima de mi amor, sobre la aurora; / y llegan hasta mí, en oleadas, / deseos sin perfil: lumbres redondas»; también se definía la eternidad así: «¡La eternidad es el olvido, / es el silencio, es la nada!». A ese año también pertenece *En la Tierra de nadie*, toda una confesión casi con ecos de despedida del mundo y de sus pobladores. Podemos imaginarla escribiendo cada verso ¿rota, demolida?, ¿abatida? ¿serena? ¿liberada?... Nostálgicamente concluyente, dirá en ese nuevo espacio decidido y solo, llena de «pasos fugitivos», «yermo», su «ruta más cierta», donde «va desbrozando la espesa telaraña de los días», pero espacio propicio al fin: «*Me duele que me nieguen o me ignoren. ¡Estaba yo tan llena de dulzuras!*».

Y en 1962, el mar, todo el mar, y la luz, toda la luz suya innata, recóndita, ante la luz nutricia que la fue moldeando mientras crecía, la luz mediterránea: «Oh su luz y su son, sus grandes nubes / que el levante desprende de los cielos / y que vuelca en el campo como ríos /que regresan de dios, el mar de bronce!». Luz, vida, de un mar único que está dejando de parecerse al de hoy, pero que fue cierto en los *Poemas de Mar Menor*, donde cabían los sueños, todas las añoranzas, la contemplación serena, la eternidad perfecta.

Nadie como ella sabrá describirlo mejor porque lo ha mirado, sentido y vivido con los ojos de niña, con los de joven y enamorada, con los tristes de la despedida, con el ansia de la distancia: «Tú, siempre tú, el ajeno y nuestro a toda hora, / limpio y fragante, oloroso y ligero, recio y poblado; / todo un universo dentro del fanal sin posible evasión, / que es el voraz abrazo de esta tierra». Además, en su verdad-poesía confiesa: «Te contemplo y te oigo. Huelo tu simiente», «te presiento en la piedra de ti mismo», para que podamos entender sus exclamaciones: «¡No tener una edad inacabable para quererte!»; «No tuve ni tendré una eternidad de ti»; «Un minuto tuyo soy, y ello me duele tanto / que sufro al amarte, y te daría / más tierra de mí quedándoteme!».

Mas, no se pueden extraer estrofas, es un todo indivisible este poemario publicado por vez primera en Murcia, en 1962, por la Cátedra Saavedra Fajardo que dirigía Mariano Baquero Goyanes. La percepción física, real, la contemplación desde ese presente, que sucede en el mes de septiembre de 1959, la conduce a meditaciones y evocaciones tan personales e intransferibles que solo pueden entender las gentes del mar, como el patrón Meño que «se sonríe y le cuenta cual un niño que conoce a su madre como un hombre». Y ella, que es hija de este mar, amante de este mar, escucha al hombre embelesada para seguir hablando, invocando, dialogando con él, sabiéndose comprendida. Solo una voz, íntima y cósmica como la de Carmen Conde, adquiere todos los derechos sobre el mar para exclamar: «¡Elogios de tu luz, mar de mi ocio...!»; «Oh tierra de este mar, roja y profunda, / floreciendo molinos y salinas! / ¡Trasciendo la perenne arquitectura / de tu ser y no hacer, tu fuerza viva!»; «¡Oh mar de mi tierra, oh mar de Palestina!». La reciente y bellísima edición facsimilar, con motivo del sexagésimo aniversario de la publicación del poemario, a cargo de Francisco Javier Díez de Revenga, nos desvela el «interesante proceso de elaboración literaria que ahora hemos podido cotejar y comprobar detalladamente»²⁸ dado que la escritora lo cuenta en sus catorce cartas

²⁸ Francisco Javier Díez de Revenga, «El Mar Menor y los poemas de Carmen Conde», edición a *Los poemas de Mar Menor*, Madrid, Torremozas, 2022, pág. IV.

a Amanda Junquera durante el verano de 1959. En las páginas prologales, «El Mar Menor y los poemas de Carmen Conde», Díez de Revenga reflexiona sobre el mar de este corpus lírico extrayendo la esencia de cada poema, explicando que ese mar «ha dejado de ser escenario o telón de fondo para convertirse en protagonista de procesos de introspección o experiencia autobiográfica y reflejar la presencia del propio interior de la escritora»²⁹.

Solo diez poemas oscuros, rasgados a jirones en el silencio de la noche, cuando acuden todas las voces al unísono, nos ofrece *Su voz le doy a la noche*, donde escribe «Odiando la muerte, bestialmente odiando. / Con desesperación sin alma, sin límites, abrasadora. / Viva. De pie. En silencio. Con la boca fría / y ardiendo, y en plegaria, y en imprecación. / Viva».

El mismo año, 1962, publica *Devorante arcilla*, un libro que ha pasado bastante desapercibido a los comentarios y críticas. Sus constantes temáticas, sus certezas, sus desasosiegos reanudan su andadura pasando el tamiz lírico-filosófico; ese «quedarse yendo / infinita e inacabablemente / hasta que nos encontremos Contigo»; o la «fe de esperar, la esperanza»; o «el cansancio de llantos continuos»; el animoso «¡Paso al amor de partir en busca de lo absoluto! / Paso al amor, porque amamos / en el Amor que es lo eterno!». En *Devorante arcilla* hallamos el pasaje cósmico que Carmen Conde viene transitando desde hace tanto: «el camino sin hollar por donde la luz se mueve». En la obra se dan soluciones definitivas que la mujer que camina sin tregua conoce: «Los que no creen en el camino que hay para ir, que se aparten. [...] Hay caminos y hay pasos, y hay que recorrerlos todos / Espera la Verdad para recoger en su boca / la palabra en hoguera del cansancio amontonado, / que pesa en la espalda de los que andan. [...] Gloria al que va, gloria a los hombres libres /que buscan arrebatados la verdadera luz!».

Los intensos años sesenta le proporcionan viajes, como el de 1963, por Nicaragua, con motivo de los días grandes anuales de Rubén Darío y en reconocimiento del trabajo de Antonio Oliver sobre el poeta y el de los dos sobre el descubrimiento del archivo del poeta nicaraguense. Los poemas de *Jaguar puro inmarchito* se gestan en esos días, se escriben sobre la marcha a modo de diario lírico de viaje y se editan el mismo año. Otro mar le dicta: «navego y me navega una singladura máxima, / que en los océanos hiende un breve encuentro conmigo», proporcionándole otras voces sonoras, retumbantes, repetidas lúdicamente como ejercicio infantil. Serán otros paisajes, otros los cromatismos, otras meditaciones ante las tierras nuevas, inmiscuidas en el tiempo de los poemas de *Enajenado mirar*,

²⁹ F. J. Díez de Revenga, *Óp. cit.*, pág.XVI.

sin olvidar el corpus de elegías, cantos y homenajes escritos entre 1945 y 1966, publicado bajo el título de *Humanas escrituras*, incorporado a la *Obra poética*.

Hasta aquí no hemos prestado atención a los premios obtenidos. Pero no podemos dejar de citar el Premio Nacional de Poesía, otorgado en 1967 por *Obra poética (1929-1966)*, editada por Biblioteca Nueva, al cuidado de Emilio Miró. Ese año aparecerán varias obras y se multiplicará su trabajo en diferentes funciones, entre ellas la de docente, impartiendo cursos de Literatura en el Institute of European Studies, desde 1966 y durante todo un decenio.

La década de los años sesenta se lleva con ella a Antonio Oliver, que fallece el 28 de julio de 1968. Entramos en otra etapa, los últimos veinte años de Carmen Conde.

IV. Luces y sombras, a este y al otro lado de la eternidad.

En 1971, cumpliendo el deseo de Antonio Oliver, expresado en testamento, Carmen Conde favorece y promociona la edición de sus *Obras completas*. Pero antes aparece un nuevo poemario, *A este lado de la eternidad*. Lo inicia un poemilla del año 1930, «Puerto del amor», que me parece oportunamente ilustrativo para el tema propuesto de esta semblanza, pues dice: «Nosotros en tierra, pequeños / con nuestro inmenso delirio incalculable / viendo la cicatriz del mar, / la sombría luz, / la erguida, irrefrenable voz del barco». Va seguido de una cita de Antonio Oliver: «cuando mi vida se acabe /cógeme tú de la mano». El último poema es un hondo «Réquiem por nosotros dos». Entre una y otra composición circulan escogidos poemas de toda la década, revelando la incierta y dudosa esperanza que en un momento es equivalente a «la buena mar». En un lado de la eternidad desfilan «la memoria veloz, férrea sutura del tiempo», «la memoria del miedo», el canto «a los hombres que otros odian», «la soledad tan sola», el saber que «todo lo vivido amarga», el desear envolver sus días en la niebla hasta evaporarse, el inmenso asco a todo lo que la rodea, una «furia de la noche oscura» con que se identifica que acaso sea la que ha dirigido su mano para escoger los poemas. En el otro lado están la hija, el padre y un inmenso por qué. Algún reproche y una reconciliación final cierran la obra: «Porque esto que lloro, que te has ido, / a la fuerza brutal no por tu ánimo, / esto lo que ha hecho ha sido unirnos / más indisolublemente».

Antes de llegar al hito histórico de convertirse en la primera mujer de la Real Academia Española, en 1978, quedan grandes poemarios, aunque muy diferentes en forma y tema: *Cancionero de la enamorada*, de 1971, es un libro aparentemente

sencillo o tremendamente depurado, con el protagonismo absoluto del amor. Nos sorprende por su versificación tan parecida a la de sus libros infantiles *Despertar*, o *Canciones de nana y desvelo*, en donde asoman extractos de este largo poemario. Aunque es obra escasamente comentada, sí podemos decir que algunos versos recuerdan a *Mástil*, primera obra de Antonio Oliver, pero por otro lado se asemeja a los ritmos de las coplas mineras, por las que tanto gusto mostraba Carmen Conde, especialmente cuando comenzó a retomar el contacto con La Unión a partir de 1971. Luzmaría Jiménez Faro opinó que «no solo muestra una manera de sentir luminosa, palpitante, sino que añade una frescura de expresión dejando al descubierto las más profundas sensaciones amorosas»³⁰, añadiendo que el amor «en su propio dominio del recuerdo invade el espacio de lo eterno».

Los siguientes títulos serán más rotundos: *Corrosión*, persistente en su indagar sobre el sentir humano, en revolver su pasado y sus miedos hasta reconocer que es «tiempo de cicatrización física, biológica, demencialmente humana» es una continuación de *A este lado de la eternidad*. Comienza un prólogo vivaz, continuado por el «canto a la vida», al que siguen composiciones más evocadoras, en estilo epistolar, dirigidas a Antonio Oliver muerto; recuerda el tiempo vivido junto a él, para después ir derivando en meditaciones y desasosiegos. Reúne, en el conjunto, poemas desde 1969 hasta 1974, ordenados cronológicamente. Los de 1970, en pausa ante el origen, se escriben junto al mar de Benidorm, de Ribera de San Javier, de Lo Pagán, en un genérico «Mediterráneo», o también en «Mar Menor». Pero esta vez, el mar, es muerte: «El mar, está ahí, frente a frente, / y como la muerte, aguarda / mi proximidad... / No escucha que gimo / y revuelvo mis tristes arenas. / Pesan sobre las palabras / juntas la mar y la muerte. / Quiero gritar, desprendérmelas, / porque ¡cuánto me roen a Dios!».

En 1976 Carmen Conde decide «volver a mirar; sí; ahora hacia atrás. A donde se vino». *Cita con la vida*, es un empeño de meditación sobre su itinerario vital desde la cima, a la que asciende intentando captar su propio *Génesis*. Al llegar al poema IV, «una mañana es la fruta más rotunda de la Tierra», comienza su reconocimiento: «Por la mañana camina, frente alta, oscuros ojos, la que si queréis nombrad como Dolores o Ana, o como Carmen-Narciso; o como Sisifo-Orfeo». En la obra impera el día, un paisaje mediterráneo que «se atraganta de luz» y recrea el relato de *Brocal* trayendo jóvenes amantes a su escenario. Allí medita sobre el amor, sobre quién fue, recobra el impulso que le da el mar y canta: «Hela ahí, proyectada en los actos

³⁰ Luzmaría Jiménez Faro, «palabras para esta edición», en Carmen Conde, *Cancionero de la enamorada*, Madrid, Torremozas, 2012, pág. 10.

humanos / en que sí participa entusiasta: el amor y la amistad / y, a solas, en su secreto místico. / La tierra fue perdiendo su densa plenitud, ahora / vuelve, que no principia, la gruesa repleta mar. / Porque ella –nunca lo hubiéramos olvidado–, / porque ella no es de la tierra, es del mar. De la mar /. Oh, libertad de las mares, anchísima libertad fiera!» Inclusive, si se va el día aprueba que «todo lo asume la noche», admite que «cuando ya no camine podrá cantar entre el vacío; y hasta te oirán cantar». En el cántico final de este poemario se ordena a sí misma: «En tanto se te requiere, contempla lo que fue creado / alrededor tuyo» y también se dice: «cierra los ojos para que la luz te clame en instante preciso y perfecto». Una verdadera cita con la vida, que parece borrar hasta el último resquicio de oscuridad.

En 1978, Carmen Conde es elegida Académica de Número de la Real Academia Española, convirtiéndose en la primera mujer que logra este honor. A raíz de este hecho, se suceden los homenajes y reconocimientos institucionales: se le distingue como Hija Predilecta de la provincia de Murcia e Hija Predilecta de la ciudad de Cartagena, así como Hija Adoptiva de La Unión. En esta década realizará viajes a distintos puntos de distintos continentes: ofrece conferencias y lecturas poéticas, recibe distinciones en España y América y continúa publicando poesía. En *El tiempo es un río lentísimo de fuego* formado por composiciones de 1975 y 1976 laten de nuevo sus preocupaciones por la humanidad, vuelven los muros, «unos que se ven... y otros no». Vuelve la oscuridad, no se encuentra la luz y se cuestiona: «¿Hay luz que no sea luz / que los ojos tomó para mirar? / Y sin ojos, / ¿qué luz aunque sea luz / del aún no haber visto, / alcanzarse podría y de quién...? [...] ¿Qué luz es aquella / desconocida luz cerrada / al humano entendimiento? / Ir en su búsqueda a ciegas... / Sí». Veremos también que el poema «Eternidad» es la seguridad de un final al que estamos abocados y, argumentando desde el primer verso que esta «desde antes de la muerte estaba aquí», recorre la fugacidad de una vida cualquiera. Además, hallamos un canto a la palabra, y réquiems, edictos y epitafios; no olvida a ningún ser, ni humanos ni animales, no olvida una vez más a Miguel Hernández en el marco de Oleza, o en Cartagena. Vuelve la imagen del mar, que ya invoca en femenino desde años anteriores, «la mar contemplada», donde reconoce que «es en su ir y venir por tu dentro el que atrae la palabra perfecta», pero es ambigua en el último poema, «Consumación»: «Si fuera como el mar, la mar el hombre / solo cielo tendría arriba de su testa». Nuevas humanas escrituras se inscriben en este «tiempo río lentísimo de fuego» que no llega a ser eternidad.

Alcanzamos los últimos poemarios, correspondientes a la década de los ochenta, *La noche oscura del cuerpo* (1980), *Desde nunca* (1982), *Derramen su sangre las sombras* (1983), *Del obligado dolor* (1984), *Cráter y Hermosos días en China*

(1985), donde se mantienen las constantes temáticas entre la permanente meditación sobre la vida, el alma, el cuerpo, los seres conocidos, los que ya no están, el pasado que fluye hasta el presente, vida y muerte, muerte y sombra, y un mar que nunca olvida. *Del obligado dolor* evocará tiempos, personas y paisajes con tristeza, el tiempo es el de la guerra nunca borrada de su mente, aunque también le trae la crónica de un día en Oleza cuando descubrieron a Miguel Hernández. Incluso en 1987, Torremozas edita su *Memoria puesta en olvido (antología personal)*, título tomado del *Eclesiastés*, que utilizó en un verso de *El tiempo es un río lentísimo de fuego*.

La vitalidad de la octogenaria Carmen Conde le permite viajar sin cesar: Buenos Aires, Montevideo, Italia, El Cairo, Alejandría..., además de España. Pero sus pasos se detienen en 1992. Desde entonces estuvo viviendo en una residencia geriátrica de Majadahonda; en septiembre de ese año, redacta su testamento donando al Ayuntamiento de Cartagena, su ciudad natal, su extraordinario, magnífico legado cultural. Carmen Conde fallece El 8 de enero de 1996.

He dejado para el final un poema que he leído muchas veces, pertenece a *En la tierra de nadie*, de 1959, muy adecuado para concluir un vertiginoso viaje por el mundo poético de Carmen Conde:

Detengo el caminar por estos versos
que recogen pedazos de memoria,
porque es mucho y es nada tanto tiempo
ofrecido a la fuga de una historia.
Aunque dije y diría, ¿qué palabra
es la exacta versión de lo infinito?
Aunque anduve y conté, ¿cómo se habla
para hacer que se entienda lo inaudito?
¡Oh qué tierra la mía, tan extensa
y tan breve que cabe en mi persona!
Una zanja de fuego es su defensa
y un espino sin flores la corona.
Que los tibios y ajenos no se mezclen,
que ninguno me escuche cuando clame.
Estoy sola, lo sé (¡que no se acerquen!),
por la tierra de Dios, tierra de nadie.

Bibliografía citada

Camprubí, Zenobia, *Epistolario I, Cartas a Juan Guerrero Ruiz, 1917-1956*, edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2006.

Conde, Carmen, *Brocal: (poemas) (1927-1928)*, Madrid, La Lectura, 1929 (Cuadernos literarios).

- *Júbilos: (poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos)*, pról. de Gabriela Mistral, dibujos de Norah Borges de Torre, Murcia, Sudeste (Varietas), 1934.
- *Sostenido ensueño (1938)*, en *Obra poética de Carmen Conde: (1929-1966)*, pról. de Emilio Miró, Madrid, Biblioteca Nueva, 1967, págs. 167-183.
- *Mientras los hombres mueren (1938-1939)*, *op. cit.*, págs. 185-215.
- *El Arcángel (1939)*, *op. cit.*, págs. 217-226.
- *Mío (1941)*, *op. cit.*, págs. 227-238.
- *Pasión del Verbo: poesía*, Madrid, Ed. no venal de la autora, 1944.
- *Ansia de la Gracia*, Madrid, Editorial Hispánica, (Adonais), 1945.
- *Mi fin en el viento*, Madrid, Adonais, 1947.
- *Mujer sin Edén*, viñeta de Molina Sánchez, Madrid, Jura, 1947.
- *Sea la luz*, Madrid, Mensajes: cuadernos líricos, 1947.
- *Iluminada tierra*, Madrid, Ed. de la autora, 1951.
- *Vivientes de los siglos*, Madrid, Los Poetas, 1954.
- *Empezando la vida: memorias de una infancia en Marruecos: (1914-1920)*, il. de Antonio Salas, Tetuán, Al-Motamid, 1955.
- *Los monólogos de la hija*, Madrid, Ed. de la autora, 1959.
- *Derribado Arcángel: poemas*, Madrid, Revista de Occidente, 1960.
- *En un mundo de fugitivos*, Buenos Aires, Losada (Poetas de España y América), 1960.
- *En la tierra de nadie*, retrato de Carmen Conde por José Planes, pról. de Mariano Baquero Goyanes, dibujo de Manuel Muñoz Barberán, Murcia, (Laurel del Sureste. Poesía), 1962.

- *Los poemas de Mar Menor*, portada e il. de Carpe, fot. de Abellán, Murcia, Universidad, Cátedra Saavedra Fajardo, 1962.
- *Su voz le doy a la noche*, Madrid, Ed. no venal de la autora, 1962.
- *Jaguar puro inmarchito*, Madrid, Ed. de la autora, 1963.
- *Enajenado mirar (1962-1964)*, en *Obra poética de Carmen Conde (1929-1966)*, op. cit., págs. 857-909.
- *A este lado de la eternidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1970 (Poesía actual).
- *Corrosión*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1975 (Poesía actual).
- *Cita con la vida*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1976 (Poesía actual).
- *El tiempo es un río lentísimo de fuego*, pról. de Susana March, Barcelona, Ediciones 29, 1978 (Libros Río Nuevo. Serie Ucieza).
 - *Poesía ante el tiempo y la inmortalidad: discurso pronunciado el 28 de enero de 1979, en su recepción pública*, Madrid, Real Academia Española, 1979.
 - «Encuentro con Vicente Aleixandre (1940)», Separata de: *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 352-354, Madrid, octubre-diciembre 1979.
- *La noche oscura del cuerpo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1980.
- *Desde nunca*, Barcelona, Libros Río Nuevo, 1982.
- *Derramen su sangre las sombras*, Madrid, Torremozas, 1983.
- *Del obligado dolor*, litografías de Julián Grau Santos, Madrid, Almarabú, 1984.
- *Cráter*, estudio preliminar de Manuel Alvar, Madrid, Biblioteca Nueva, 1985.
- *Hermosos días en China*, Madrid, Torremozas, 1985 (Cuadernos Torremozas).
 - *Canciones de nana y desvelo*, portada e il. de Marisa Salmeán, pról., Eduardo Soler Fierrez, Madrid, Miñón, (Las campanas), 1985.
 - *Por el camino viendo sus orillas*, I, Plaza y Janés, Barcelona, 1986.
 - *Despertar*, comentario del texto Manuel Artigot, il., Montse Tobella, Madrid, Bruño, 1988 (Altamar. Poesía).
- *Cancionero de la enamorada*, Madrid, Torremozas, 2012 (Torremozas).

Champourcin, Ernestina de-Conde, Carmen, *Epistolario: (1927-1995)*, ed. e introd. de Rosa Fernández Urtasun, Madrid, Castalia-Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver, 2007.

Díez de Revenga, Francisco Javier, «Por tierras de Jaén y del frente sur (1937-1938)», en *Carmen Conde desde su Edén*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2020.

- «El Mar Menor y los poemas de Carmen Conde», edición a *Los poemas de Mar Menor*, Madrid, Torremozas, 2022.

Hiriart, Rosario, *Carmen Conde y el mar*, presentación y sel. de Rosario Hiriart, Madrid, Ediciones Libertarias-Ayuntamiento de Cartagena, 1992 (Poesía).

Inclán, Josefina, *Carmen Conde y el mar / Carmen Conde and the sea*; translation by Manuel J. Santayana; portada, Phil Brodatz, Miami (Florida), Universal, 1980.

Jiménez, Juan Ramón, *Epistolario II (1916-1936)*, edic. de Alfonso Alegre Heitzmann, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes,

Lagerlörf, Selma, *Tale Thott y otras historias*, Barcelona, Tartessos, 1942;

–*Leyendas de Cristo*, trad. de Rodolfo J. Slaby y pról. por Amanda Labarca, Barcelona, ediciones Cervantes, 1929.

–*Pelusilla*, Madrid-Barcelona, 1941.

Oliver, Antonio, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1971.

–«Las Conversaciones de Andrés Caballero», incluidas en *Obras completas*, págs. 633-799.

Pomès, Mathilde-Thomas, Lucien-Paul, *Poètes espagnols d'aujourd'hui*, Bruselas, Labor, 1934.

